

La Cruz, Signo de Vida

CARTA PASTORAL
DE MONS. JOSÉ VILAPLANA,
OBISPO DE SANTANDER, CON MOTIVO DEL
AÑO SANTO LEGANIEGO
2006-2007

Introducción

Mis queridos hermanos y hermanas:

“Dios me libre de gloriarme si no es en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo“

Con estas palabras del Apóstol Pablo comienzo esta carta pastoral para invitaros a contemplar la Cruz gloriosa del Señor, con motivo del Año Santo Lebaniego. La Cruz de Cristo, meta de nuestra peregrinación, es signo de vida porque en ella el Señor, por amor a todos, nos salvó del pecado y de la muerte y nos abrió las puertas del Paraíso. Él, “muriendo, destruyó nuestra muerte y, resucitando, restauró la vida“ (2).

La Cruz que era instrumento horroroso de tortura y de muerte, Cristo la ha transformado en expresión del amor más grande a Dios y a los hombres, ya que Él, por nosotros, se hizo obediente al Padre hasta la muerte y muerte de Cruz, ofreciéndose por todos nosotros. Por eso Dios lo exaltó sobre todo. Con su muerte y resurrección Cristo ha iluminado al mundo y ha llenado de esperanza nuestros fracasos y sufrimientos, pues ha querido asociarnos a su victoria, a su gloria. Y es también, y sobre todo, la expresión del amor de Dios hacia todos nosotros, pues “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único” (3).

(2) Prefacio 1º. De Pascua.

(3) Jn 3, 16

Os invito pues a todos, queridos hermanos y hermanas peregrinos a entrar en este misterio de amor que Cristo nos ofrece con su Cruz. Pido a Dios que este Año Santo nos ayude a revitalizar y fortalecer nuestra vida cristiana, a vivir con más esperanza en medio de las dificultades presentes y a crecer más en la experiencia de sentirnos amados por Dios e invitados por Él a amar mejor a nuestros prójimos, especialmente a los más necesitados de ayuda y de ternura.

Deseo recordar en esta breve introducción unas palabras del Papa Benedicto XVI en su primera encíclica: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (4).

Lo más importante en la celebración del Año Santo es que se produzca este encuentro con Cristo, el Crucificado que vive, para que, acogiendo su amor aprendamos a amar como Él nos ha amado. Para ello no basta con recorrer el camino exterior, es necesaria una peregrinación interior.

Vivimos en una sociedad desorientada. Hay, entre otros, dos grandes problemas que nos afectan muy seriamente. El problema de una existencia sin Dios: vivir como si Dios no existiera, prescindiendo de cuanto Él nos ha manifestado y prometido. El problema de la difuminación de nuestra identidad cristiana: hay muchos bautizados que viven como si no fueran cristianos, con una fe débil y poco alimentada y, por tanto, con una personalidad cristiana poco definida.

En esta situación el Papa Benedicto VI nos ha ofrecido una brújula maravillosa para orientarnos: “Dios es amor” Nos ha invitado a poner la mirada en el costado traspasado de Cristo y nos ha dicho que es “en la Cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y desde esa mirada el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (5).

Como ayuda para esta peregrinación del corazón, os ofrezco en esta carta pastoral una invitación a redescubrir la vida nueva que recibimos en el Bautismo y que se alimenta con la Eucaristía (primera parte) y a seguir caminando bajo la mirada providente de Dios con la esperanza de vida eterna (segunda parte).

(4) Deus Caritas Est,1.

(5) Deus Caritas Est,12.

Ponernos en camino hacia el Lignum Crucis como peregrinos que buscan orientar su vida desde la Cruz del Señor, redescubrir nuestra identidad cristiana nacida del Bautismo y alimentada con la Eucaristía y reforzar nuestra esperanza en la vida eterna que ya podemos experimentar desde ahora en una vida de amor a dios y a los hermanos, este es nuestro objetivo al celebrar este Año Santo Lebaniego.

Acoger la misericordia de Dios en la indulgencia jubilar conlleva no sólo pasar por la Puerta del perdón sino celebrar el sacramento de la Penitencia con el que recuperamos la gracia bautismal perdida por el pecado, y recibir la Eucaristía para entrar en comunión con Cristo y con la Iglesia, con el firme propósito de llevar una vida cristiana coherente y auténtica.

I. La Cruz, Signo de Vida Nueva

“... uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua” (6)

a) Redescubrir el Bautismo

Del costado del Señor, pendiente en la Cruz, brotó un manantial de vida. La mirada de fe de la Iglesia ha descubierto y contemplado en el agua y la sangre los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos que nos edifican como Iglesia. No podemos, pues, acercarnos a la Cruz del Señor, sin tener conciencia de los grandes dones que en ella nos ha revelado el Señor: Por el agua del Bautismo hemos nacido de nuevo, hemos sido hechos hombres nuevos en Cristo, podemos participar de la vida de Dios, tenemos una vocación a la santidad.

La primera señal que recibimos el día de nuestro Bautismo fue la señal de la cruz. El sacerdote que nos acogió, a la entrada de la iglesia, hizo, como primer saludo, en nuestra frente la señal de la cruz, y también los padres y padrinos que nos acompañaron para que fuéramos acogidos en la Iglesia. Si el que va a ser bautizado es adulto el celebrante le invita a acercarse “para recibir la señal de tu nueva condición” y le sigue diciendo “recibe la cruz en la frente: Cristo mismo te fortalece con la señal de su caridad. Aprende ahora a conocerle y a seguirle” (7).

(6) Jn 19, 34.

(7) Cf. Ritual de Bautismo de Niños y Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos.

También el día de nuestra Confirmación el obispo hizo la señal de la cruz sobre nuestra frente al ungirnos con el Santo Crisma, cuando nos dijo “recibe por esta señal el don del Espíritu Santo” (8).

Al recibir las aguas del Bautismo fuimos sumergidos en la muerte de Cristo para nacer como criaturas nuevas, incorporadas, pues, a la muerte y resurrección del Señor. Injertados en Cristo para siempre nuestra señal de cristianos es desde aquel momento la señal de la Cruz. Los cristianos estamos marcados por la cruz de Cristo, señal de nuestra pertenencia al Señor.

En el momento en que nuestra identidad de cristianos queda como difuminada porque nuestra vida no refleja la vida del Señor, porque no vivimos de acuerdo con lo que el nombre de cristianos significa; constatado que nuestra fe está como debilitada y adormecida necesitamos acercarnos al misterio de la Cruz de Cristo para redescubrir nuestro Bautismo, de manera que se pueda decir que llevamos las marcas de Cristo en nuestra vida, es decir, que nos parecemos a Él.

Por el Bautismo recibimos el perdón de nuestros pecados y comenzamos una vida nueva, la vida de la gracia y la unión con Dios. Sin embargo, a lo largo de la vida experimentamos con frecuencia las heridas del pecado y las rupturas de amistad con Dios y con los hermanos, nos sentimos abatidos y desesperanzados.

La celebración del Año Santo, con el don de la indulgencia, nos ayuda a revivir la experiencia del don de la misericordia de Dios que nos ofrece el perdón. Recordemos, ante la Cruz del Señor, algunas bellísimas oraciones de la Iglesia: “oh Dios que manifiestas tu poder con el perdón y la misericordia...” (9), “oh Dios que amas la inocencia y la devuelves a quien la ha perdido...” (10), “que todo el punto experimente y vea como lo abatido se levanta, lo viejo se renueva y vuelve a su integridad primera, por medio de nuestro Señor Jesucristo, de quien todo procede “(11).

La apertura de la Puerta del Perdón es un recuerdo y una invitación a entrar en la misericordia de Dios, celebrando el sacramento de la Penitencia. “Puesto que la vida nueva de la gracia recibida en el Bautismo, no suprimió la debilidad de la naturaleza humana ni la inclinación al pecado, Cristo instituyó este sacramento para la conversión de los bautizados que se han alejado de Él por el pecado”(12)

(8) Ritual de Confirmación.- (9) Oración colecta del Domingo XXVI del Tiempo Ordinario

(10) Oración colecta del Jueves de la II Semana de Cuaresma.- (11) Oración después de la séptima lectura de la Vigilia de Pascua.- (12) Catecismo de la Iglesia Católica, Compendio, 297.

Dios nos ofrece siempre la oportunidad de “nacer de nuevo”. En la conversación que tuvo Jesús con Nicodemo, en la que éste preguntó a Jesús ¿cómo puede uno nacer siendo ya viejo? El Señor le respondió “... el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”. Nicodemo asombrado insiste: “¿Cómo puede ser eso?” A lo que Jesús contenta: “como Moisés levantó la serpiente en el desierto así tiene que ser levantado el Hijo del hombre para que todo el que crea tenga por Él vida eterna” (13). Esta expresión de ser “levantado” se refiere a la vez alzado en la Cruz e introducido de nuevo en la gloria del Padre.

En esta conversación de Cristo con Nicodemo, que debemos hacer nuestra a lo largo de nuestra peregrinación, Jesús descubre el “secreto” que nos permite captar el mensaje central del misterio de la Cruz. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna...Porque Dios no ha enviado a su hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él.” (14).

El gran amor de Dios se manifiesta en la entrega de su Hijo en la Cruz para que los hombres tengamos una vida nueva, recibida en el Bautismo. Por eso decía nuestro querido Papa Juan Pablo II que no es exagerado decir que toda la existencia de los fieles cristianos tiene un objetivo el llevarnos a “conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios” (15). Hijos de Dios, incorporados a Cristo y a la Iglesia, como templos del Espíritu Santo, para continuar la misma misión del Señor, éstos somos los cristianos. Redescubrir esta maravilla del Bautismo, para no vulgarizarlo reduciéndolo a un rito vacío de significado, es urgente en nuestra sociedad.

Mirando el costado abierto del Señor, del que hemos nacido, podremos recuperar el asombro de la dignidad que hemos recibido y nos sentiremos estimulados a vivir de acuerdo con esta gracia.

b) Alimentarnos de la Eucaristía

En la víspera de su Pasión, Cristo reunido con sus discípulos tomó el pan en sus manos y se lo dio diciendo: “esto es mi Cuerpo entregado por vosotros “. Y lo mismo hizo con el cáliz lleno de vino: “éste es el cáliz de mi Sangre que será derramada por vosotros”(16).

(13) Cf. 3, 1-15.- (14) Jn 3, 16-17.- (15) Ch. L. 10.- (16) I Cor 11, 23-25

Estas palabras se cumplirían plenamente al día siguiente, cuando clavado en la Cruz, su Cuerpo pendería como Cuerpo entregado hasta la muerte y su Sangre sería derramada hasta la última gota, brotando de su costado abierto, para la salvación del mundo.

El gesto que Jesús hizo en la Última Cena se cumplió en la Cruz y esta entrega se actualiza en la celebración de la Eucaristía: “Haced esto en conmemoración mía” (17). Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía; en ella Él está realmente presente como resucitado que lleva, sin embargo, las marcas de su Pasión.

El sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la Resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía “pan de vida”(18).

Hermanos peregrinos, acerquémonos siempre a esta mesa de la Eucaristía para nutrir nuestra fe y entrar en comunión más íntima con Él, para vivir en Él.

Además, la Eucaristía nos une a los hermanos y nos edifica como Iglesia. “El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo”(19).

La Cruz es un imán de unidad. Cristo dijo: “cuando sea levantado en lo alto atraeré a todos hacia mí”(20), porque Él ha venido a reunir a los hijos de Dios dispersos (21).

Sentarnos a la mesa de la Eucaristía es entrar en comunión con Cristo y con los hermanos. Para que se produzca el encuentro con Él no basta que Él tenga la puerta de su costado siempre abierta, sino que también nosotros abramos la puerta de nuestro propio corazón a la que él llama insistentemente: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y me abre entraré y cenaré con él y él conmigo” (22).

Una vida cristiana débil y frágil sólo puede crecer y reforzarse con el alimento que la nutre y fortalece: La Eucaristía.

(17) I Cor 11, 23-25.- (18) E. De E., 14.- (19) L.G., 3.- (20) Jn 12, 32.- (21) Cf. Jn 11,52.- (22) Ap 3, 20

San Juan Crisóstomo, en una bellísima página sobre el valor de la sangre de Cristo que se lee el Viernes Santo, nos ofrece una profunda reflexión sobre este tema: contemplando en el costado abierto del Señor el agua y la sangre, signos del Bautismo y de la Eucaristía, nos indica que con estos dos sacramentos nace y se edifica la Iglesia. “Cristo alimenta siempre con su sangre a aquellos a quienes Él mismo ha hecho renacer, como la madre que se siente impulsada a alimentar a quien ha dado a luz” (23).

II. Signo de Vida Eterna

“En verdad te digo: hoy mismo estarás conmigo en el paraíso” (24).

a) Clave de esperanza

Sólo Dios puede darnos vida eterna. Los humanos somos mortales. Si Dios desaparece del horizonte de nuestra vida surge inmediatamente la desesperanza. No es extraño, pues, que en el ambiente cultural en que vivimos, en muchos cristianos incluso, se desvanezca la afirmación de nuestra fe en la resurrección futura. Muchos de nuestros contemporáneos piensan que todo acaba con la muerte.

Los cristianos nos fiamos de las palabras de Cristo que nos promete y ofrece vida eterna, es decir, nos asocia a su victoria sobre la muerte. Creemos que la muerte no tiene la última palabra, la tiene el Dios del amor y de la vida que es más fuerte que la muerte.

Las palabras de Jesús dirigidas al “buen ladrón” (25), que está crucificado con Él, son una clave de esperanza también para nosotros. Esta dramática escena de la pasión es como un retrato del mundo actual: ante Cristo, el Hijo de Dios crucificado, los hombres desafían al que se ha presentado como Mesías y Salvador. “Sálvate Tú y sálvanos a nosotros” (26). Es el grito desgarrado de quien se ve abocado a la muerte. Representa la desconfianza ante un Mesías sufriente, que comparte la suerte de los desgraciados. Sin embargo, el otro ladrón confía y se abandona al Cristo solidario con el sufrimiento humano y suplica esperanzado “acuérdate de mí”. Es la mirada de la fe, el reconocimiento de Jesús como Salvador. Su conversión es tipo de todas las conversiones auténticas (27).

(23) Catequesis, 3, 13-19.- (24) Lc 23, 40.- (25) Lc 23,43.- (26) Lc 23,39.- (27) Cf. Tettamanzi, D. El Buen Ladrón. Edicep, Valencia 2006.

A nosotros nos resulta siempre difícil aceptar la cruz. Como los discípulos de Emaús caminamos por la vida desconcertados y desanimados. Necesitamos que Jesús nos corrija como a ellos recordándonos: “¿no era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” (28). Necesitamos descubrir que la Pasión es el camino de la Resurrección; que la Cruz apunta siempre a la vida.

Al hacer esta afirmación puede alguien pensar que la esperanza en la vida eterna nos quite interés para trabajar en la vida presente. Todo lo contrario. Ya el Concilio Vaticano II nos dio luz sobre esta cuestión (29). Allí se afirma que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en que habita la justicia y cuya bienaventuranza colmará todos los deseos de paz que anidan en el corazón humano. Esta esperanza aviva la preocupación por cultivar este mundo, con la convicción de que todo lo bueno que hagamos por la familia humana lo encontraremos limpio y transfigurado en el Reino de Dios, presente ya ahora y que será consumado cuando el Señor venga.

b) Llamada al amor solidario

Los auténticos discípulos de Jesús que han acogido la invitación de seguirle tomando su cruz, se han caracterizado siempre por su amor a Dios, vivido con una esperanza inquebrantable aun en medio de dificultades, inseparablemente unido a un amor generoso y sin fronteras hacia los más necesitados.

Tomar la Cruz con el Señor es hacerse como Él solidario con todos los sufrimientos y esperanzas de los hombres. Quien tiene esperanza arriesga y es capaz de amar gratuitamente; quien, por el contrario, cierra el horizonte de su vida y se busca a sí mismo tiende a lograr la satisfacción inmediata de sus propios deseos. Quien comparte la mirada de Cristo sabe que sólo el que da la vida es el que la encuentra, y aprende a ponerse en el lugar del otro, en el lugar de los últimos; se acerca, como buen samaritano, a los que quedan al margen.

La contemplación de la Cruz del Señor nos invita a hacernos “cirineos” de los demás para ayudarles a llevar sus cruces. Al volver de nuestra peregrinación, nuestro ánimo ha de estar más disponible para servir a quien nos necesita, para trabajar mejor en la transformación de nuestro mundo y en la superación de tantas injusticias y desigualdades, que son una pesada cruz, que aplasta a tantos inocentes.

(28) Lc 24,26.- (29) Cf. G.S. 39

Busquemos juntos cauces de cooperación y participemos activamente en ellos: a través de nuestras “Cáritas”, de los programas de “Manos Unidas” y de los “Gestos de Cuaresma” encontraremos en nuestra Iglesia el modo de expresar el amor que Cristo nos ha enseñado. Este amor busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización y busca su promoción. El amor al prójimo, enraizado en el amor a Dios, es una tarea para cada fiel y para toda la comunidad eclesial, y ha de prestarse como servicio comunitario organizado (30).

c) Fuerza para afrontar el sufrimiento

Con frecuencia nos vemos desbordados por los acontecimientos difíciles y por los sufrimientos de nuestra vida. La enfermedad, los fracasos, las frustraciones personales y nuestros propios límites son motivos que ponen a prueba la esperanza. Cuando nos sentimos abatidos por el sufrimiento parece que nuestra existencia carece de sentido.

No hay una “teoría” para dar una respuesta que disipe todas nuestras dudas. Sin embargo, el creyente, mirando a Cristo Crucificado, es capaz de sobreponerse a la prueba del sufrimiento con una confianza que la supera. Cristo mismo en la Cruz experimentó esa desgarradora soledad y ese oscurecimiento terrible hasta exclamar: “Dios mío, dios mío: ¿por qué me has abandonado?” (31). Ese “por qué” dirigido a Dios como queja y como súplica está indicando ya que el misterio del sufrimiento tiene una respuesta que va más allá de lo que ahora los humanos podemos comprender. Por eso, el mismo Jesús se abandona, con una confianza absoluta en manos de su Padre: “A tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu” (32).

Quien aprende a mantener esa confianza en medio de la prueba puede descubrir la respuesta del Padre que nunca defrauda. Jesús nos habló de Dios como Padre bueno que escucha y acoge las peticiones confiadas de sus hijos. “Cuando Jesús calló habló el Padre de Jesús resucitándole de entre los muertos y arrancándole del poder de la muerte. Dios no es un Dios de muertos sino de vivos, es el Dios de la Resurrección y de la Vida Eterna, desde la cual hay que vivir la vida diaria de este mundo. Este Dios de la Resurrección y de la Vida es el que anuncia y testimonian sus discípulos en medio del mundo (33).

Adentrarse en esta perspectiva de la Cruz de Cristo, despierta nuestra fortaleza, alienta nuestro ánimo y produce como fruto alegría y paz.

(30) Cf. Deus Caritas Est, 19-20.- (31) Mc 15,34.- (32) Lc 23, 46.- (33) SEBASTIÁN, F. LA IGLESIA EN ESPAÑA 1950-2000, PPC, MADRID, 1999, PÁG. 263

Conclusión

Hermanos peregrinos: he intentado ayudaros en la contemplación de la Cruz del Señor como Signo de Vida. De ella brotó la vida nueva que hemos recibido como don en el Bautismo y que nos alimenta con la Eucaristía. Ella es signo de vida eterna porque Cristo venció a la muerte, convirtiendo el “lugar de la calavera” en el nuevo paraíso, de manera que los que compartimos los sufrimientos de Cristo podamos tomar parte en su victoria para siempre.

Vivamos de acuerdo con el don que hemos recibido. Tenemos la suerte de creer en Cristo y de amarle, de haber sido incorporados a Él y a su Iglesia. Vivamos la coherencia entre nuestra fe y nuestra vida. Llevemos con dignidad el nombre de cristianos. Cada día nos lo recordará el signo de la Cruz.

El gesto de Cristo en la Cruz viene a ser el gesto fundamental de la vida y de la celebración cristiana: “las manos extendidas del Señor están a la par levantadas al Padre y extendidas hacia el prójimo” (34). Así toda la existencia cristiana se ve representada simbólicamente en la Cruz que aparece ante nuestros ojos como el libro del amor más grande.

Desde la Cruz, Cristo nos regaló a su Madre, la Virgen María, como Madre nuestra. Termino esta carta invitándoos a rezar con ella esta oración:

Señor Jesucristo,
que en la Cruz has dado tu vida por nosotros:
De tu costado abierto ha brotado
Para el mundo un manantial de Vida,
y resucitado nos das tu paz y tu alegría.

Concédenos la mirada de la fe
para poder asombrarnos
y acoger el amor de Dios Padre
que Tú nos has manifestado.

Ayúdanos a vivir siguiendo tus pasos
impulsados por el Espíritu Santo,
que nos regalaste el día de nuestro Bautismo.

(34) Ratzinger, J. Nuevo Pueblo de Dios Herder, Barcelona 2005, pág 51

Aliméntanos en nuestro camino
con tu Cuerpo y Sangre en la Eucaristía.

Enseñanos a amar todos como Tú nos has amado.

Fortalécenos para que podamos llevar nuestra cruz y
ayudar a llevarla a nuestros hermanos.

Alienta nuestra esperanza hasta que compartamos
contigo la vida eterna.

Amén

Con mi saludo pascual, mi afecto y bendición,

+ JOSÉ VILAPLANA
Obispo de Santander

Santander, 16 de abril de 2006, Domingo de Pascua de la
Resurrección del Señor.